

El amor
acaba

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2024, Carmen Galdames J.
Derechos exclusivos de edición
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de colección: Isabel de la Fuente
Imagen de portada: Valentina Rojas J

1ª edición: enero de 2024

ISBN: 978-956-9956-75-1

El amor acaba

CARMEN GALDAMES J.

emecé

*Los viajeros no ignoran que en el itinerario
de todo viaje hay que contar con esos
senderos que no conducen a ninguna parte.*

RAÚL RUIZ

*Porque el sentimiento es humo
y ceniza la palabra.*

JOSÉ JOSÉ

Para ti

Uno

Sentada a la mesa del comedor, Sara observa los platos con restos de comida, las servilletas arrugadas, el mantel blanco, impecable. Distraída, mueve una moneda entre sus dedos, haciéndola correr ida y vuelta por arriba de sus nudillos, desde el pulgar hasta el meñique. La otra mano, envuelta en un yeso blanco grisáceo, descansa sobre sus piernas. Pablo, sentado junto a ella, bebe una copa de vino y habla sin que ella le preste atención.

Sara examina la cara de Pablo: sus labios y dientes teñidos por el vino, las canas que se le asoman en la cabeza, una espinilla en su mentón, los pelos que olvidó afeitarse.

Observa también las manos de Pablo, sus gestos, las uñas cortas y disperejas. Manos tibias de dedos largos que la han tocado, masturbado tantas veces que ya no le producen nada más que aburrimiento.

Inhala tan profundo como le es posible y aguanta la respiración: uno, dos, tres. Cuenta los segundos que tardaría en ahogarse si la habitación en la que se encuentran estuviera llena de agua: veinte, veintiuno, veintidós.

Mira el cielo raso tan blanco y pulcro que no hay dónde fijar la mirada: treinta y cuatro, treinta y cinco. Observa a Pablo hablar con entusiasmo y nota cómo se le mueve la nariz al hablar, cómo escupe gotitas de saliva que se iluminan a medio camino entre su boca y la superficie de la mesa.

Sesenta y ocho, sesenta y nueve.

La moneda va y viene equilibrada sobre sus dedos, cara, sello, cara, sello, cara, sello. Ochenta: los pulmones hinchados, el aumento en la rapidez de sus latidos. Ochenta y nueve, noventa: sus ojos a punto de salir disparados fuera de las cuencas, el estómago apretado, conteniendo el inevitable impulso de respirar.

Noventa y cuatro: Sara empuña la mano, dejando los cien pesos atrapados entre la palma y sus dedos.

Noventa y cinco: un poco más.

Noventa y ocho, noventa y nueve y la inhalación.

Separa los labios y respira profundo, inundando imaginariamente su esófago, bronquios y todo lo que hay al otro lado de los dientes.

Noventa y nueve segundos mantendría su boca cerrada y sus pulmones secos para luego llenarlos de agua en vez de oxígeno. Tardaría poco más de minuto y medio para aceptar el hecho de que esa última bocanada de aire fue realmente la última, para transigir lo injusto e invariablemente inoportuno de morir.

Inclina la cabeza hacia el cielo e imagina su cuerpo, delgado y pálido, flotando boca abajo justo por sobre su cabeza. Mira sus ojos inexpresivos, fijos en los suyos, su rostro ahogado soltando las últimas burbujas de aire que se le escapan por los

lagrimales y los agujeros de la nariz. Se observa con detención, intentando descifrar lo que le provoca verse a sí misma ahí, muerta, inmóvil, ajena al resto de la vida que sigue sucediendo abajo en la mesa del comedor.

Pablo le toca el brazo con la mano y ella olvida su ahogo y le pone atención. Toma la copa y le da un sorbo mientras él le cuenta sobre alguna noticia que había escuchado en la radio camino a la oficina esa mañana.

Había un perro involucrado en la historia, un héroe, salvó a alguien de algo, un incendio tal vez. Ella lo escucha y mira cómo se mueve el vino dentro de la copa que tiene sujeta entre los dedos, que llega justo al borde sin caer al mantel. Se mira la mano empuñada y separa los dedos, exhibiendo su palma vacía, sin los cien pesos, con solo una maraña de líneas dibujadas sobre su piel.

Entonces recuerda a su madre, que le enseñó el truco de la moneda. Desapareció un tiempo antes durante un invierno parecido a este, casi treinta años atrás. Prefiere recordar ese momento: cerraba la puerta de un ropero alto, mientras ella contaba en forma regresiva. Pero al terminar de pronunciar el número uno, formando la letra o con los labios en un círculo pequeño y perfecto, en vez de toparse con ella, se encontró con el vacío rectangular y un leve dejo a su perfume. Un vacío amplificado entre la madera y sus manos pequeñas de dedos extendidos, tocando nada más que el hueco silencioso que deja alguien que ya no está. Esa es la historia que prefiere recordar porque la otra es que su madre se fue un día por la mañana y no volvió nunca más.

Pablo interrumpe la historia, o tal vez ya había terminado. Se va a la cocina a descorchar otra botella. Los viernes por la noche beben vino y luego se tambalean hasta la habitación, se echan en la cama, algunas veces tiene sexo, otras solo se masturban el uno al otro y se duermen a medio vestir sobre las sábanas.

Sara mete el dedo dentro de su copa, sumerge la punta del índice y luego se limpia en el mantel blanco, impecable. Toca con la punta del dedo esa mancha nueva y se lleva el dedo a la boca. Toma la copa y la pone de lado, el vino avanza y se detiene en el borde, hasta que comienza a gotear sobre el mantel, siendo absorbido por el algodón. Se mira las manos apoyadas sobre el mantel, las palmas, las líneas pequeñas e indescifrables. Toma el tenedor de su plato y lo mete en el estrecho hueco que queda entre su piel y el yeso. Se rasca una picazón insistente que reaparece cada vez que recuerda la imposibilidad de rascarse con sus propias uñas. Se mira las uñas cortas, sin pintura, los cueritos asomados en las orillas.

Tironea uno con los dientes y el resultado es un pinchazo que la hace detenerse de golpe. Muerde ese pequeño trozo de piel y lo escupe sobre la mesa. Frente a ella, su cartera cuelga del respaldo de la silla. Estira la pierna y le da un golpecito con el pie. La cartera comienza a balancearse, la hebilla roza el borde de la mesa, de ida y regreso, haciendo un ruido seco y monótono. Cuando se detiene, cuando está completamente inmóvil, Sara se levanta, se la cuelga al hombro y se va.